



Reseña

**Franco Berardi. *Respirare: caos y poesía*.
Buenos Aires: Prometeo Libros, 2020.**

Anaclara Pugliese¹

En un breve ensayo titulado “Poesía y respiración”, Octavio Paz se pregunta sobre el origen del placer que encontramos en la poesía. ¿Por qué nos gusta tanto escuchar y pronunciar el octosílabo a quienes somos hablantes de lengua española? No es meramente una cuestión fisiológica que tenga que ver con masajear los músculos mediante el movimiento de la pronunciación. No es tampoco, estrictamente, que la medida del verso coincida con el ritmo de la respiración y que, por eso, el placer de la poesía coincida con el placer de respirar. En ese caso, no podríamos explicar la variación de una lengua a otra: los largos versos de Whitman, el verso isabelino blanco. La medida de los versos, en apariencia depende –sostiene Paz, siguiendo a Eliot– del ritmo de la conversación, de la música del lenguaje hablado, común, más que de la fisiología. “La medida del verso se encuentra ya en germen en la de la frase” (295). El ritmo verbal, entonces, siempre es histórico, ya que las lenguas varían a lo largo del tiempo. “El placer poético es placer verbal y está fundado en el idioma de una época, una generación y una comunidad” (295). Respirar de manera plena y profunda es una manera de entrar en comunión con el mundo y con su ritmo universal. “Recitar versos

¹ **Anaclara Pugliese** es Profesora en Letras en la Universidad Nacional de Rosario. Desde 2010 realiza colaboraciones para diferentes diarios y revistas: crónicas, entrevistas, reseñas. Publicó *La sombra de las nubes* (EMR, 2017), *Dos poemas* (Ediciones Arroyo, 2019) y *Megafauna* (Menta Zines, 2019). Contacto: anaclarapugliese@gmail.com.

es como danzar con el movimiento general de nuestro cuerpo y de la naturaleza. [...] Respirar es un acto poético porque es un acto de comunión” (296).

Respirare: caos y poesía se publicó originalmente en 2019, por la editorial Semiotexte, en inglés. En 2020, cuando se publica en Argentina –tal como enuncia su autor, el filósofo italiano Franco Berardi, en la introducción especial para la edición–, el planeta está atravesando una doble crisis respiratoria. La primera se ocasiona por la pandemia del COVID-19; la segunda es consecuencia de la globalización tecno-financiera que, con su aceleración constante y sus lógicas de la competencia, logran cortar la respiración. Asimismo, antes de la pandemia, la contaminación del aire en las grandes ciudades y los bosques en llamas se sumaban a la ansiedad provocada por la precariedad general de la existencia. Si bien el libro fue escrito en los años anteriores a la crisis del COVID-19, el clima ya estaba irrespirable, no solo metafóricamente.

¿Cómo encontrar de nuevo un ritmo saludable para la respiración? ¿Qué puede hacer la poesía al respecto? ¿Cómo puede devolvernos el aire, la respiración y por sobre todo la capacidad de respirar juntos? Estas son algunas de las preguntas que guiarán la escritura de Berardi en todo el desarrollo de su ensayo. “Se hace necesario modificar el ritmo, para retomar la respiración” (13). Y si el campo del ritmo es el campo de la poesía, entonces la creación poética puede ayudarnos a reactivar la respiración, a encontrarle una nueva cadencia, “porque esa actividad [la de la poesía] modela nuevos dispositivos de sensibilidad, y nuevos ritmos respiratorios” (13). La propuesta de Berardi es encontrar el ritmo de una nueva respiración colectiva, un nuevo ritmo común.

Así, la única forma de escapar de la opresión del capitalismo tecno-financiero que nos quita el oxígeno es generando una alianza entre los poetas y los ingenieros. Ya en *Futurabilidad* el filósofo italiano había planteado que el economista tenía como tarea “apartar al artista del ingeniero y

mantenerlos en sus labores especializadas” (234). ¿Por qué serían tan peligrosos los artistas, los poetas? Tomando como punto de partida el pensamiento de Ludwig Wittgenstein, quien en el “Prefacio” al *Tractatus Logico-Philosophicus* afirmó que el límite de nuestro mundo es el límite de nuestro lenguaje, Berardi propondrá a la labor poética como la alternativa desde la cual imaginar un nuevo futuro. Para poder pensar más allá de los límites del capitalismo tecno-financiero, para poder formular alternativas que no hayan sido pensadas, necesitamos nuevos lenguajes que nos abran nuevos sentidos. Y si el acto poético es la composición de signos para abrir espacios de significado por fuera de lo convencionalmente establecido, revelando una nueva experiencia posible, aunque no experimentada todavía, podemos afirmar con Berardi que la poesía puede abrir nuevas *posibilidades*, tal como las define en su libro *Futurabilidad*. Allí definió posibilidad como “un contenido inscripto en la actual conformación del mundo (es decir, la inmanencia de posibilidades). La posibilidad no es una, siempre es plural: las posibilidades inscriptas en la actual conformación del mundo no son infinitas, pero sí muchas” (11).

Algo nuevo emerge, una nueva alternativa se hace presente cuando están dadas las condiciones lógicas y lingüísticas que brindan la posibilidad de verla y de darle un nombre. Con un lenguaje encarcelado por los automatismos de la técnica, la imposibilidad de respirar tiene que ver con la claustrofobia de no poder vislumbrar un afuera, con la incapacidad para imaginar un horizonte, una posibilidad. La poesía, un poco por fuera de las reglas sintácticas, de los significados convencionales, un poco por fuera de la “información” y, a partir de la ironía, de la ambigüedad y del error, puede, según Berardi, abrir un horizonte de posibilidad, una ventana a la respiración. La poesía es vista en este sentido como un “punto de fuga ante el sofocamiento” (*Respirare* 17).

Pero, exactamente, ¿qué es el Caos, lo que no nos permite respirar? Si el ciberespacio es infinita estimulación informativa, el cibertiempo –la

velocidad que tiene la mente para elaborar los estímulos– no puede acelerarse y procesar la información al ritmo en que ésta transcurre. Nuestra respiración está paralizada por el algoritmo. “Cuando la aceleración ciberespacial quiebra la relación rítmica con el cibertiempos, ya no sabemos distinguir qué es lo relevante. A esto es lo que llamamos Caos: la imposibilidad de darle sentido al flujo” (40). La poesía nos permite desconectarnos del flujo caótico de la información acelerada por los algoritmos y conectar con un ritmo de respiración diferente.

En un mundo en que la solidaridad social fue demolida por la creciente precarización y por el culto de la competencia, es decir, en un mundo en que la comunidad se disgrega, los individuos ya no tienen capacidad de generar sentido. La depresión puede describirse como la incapacidad de encontrar sentido en el universo que nos rodea. Dado que el sentido es relacional –y por tanto, colectivo–, se diluye cuando la comunidad se atomiza: este es, para Berardi, el punto de partida de la depresión. “La tecnología digital se expandió en el decenio siguiente a la epidemia de VIH. Si bien se originó en el contacto sexual, el VIH fue sobre todo una epidemia mediática y psíquica. Lo que vino a comunicar [...] fue el miedo al contacto” (58). Sabemos que el ensayo fue escrito antes de la pandemia del COVID-19, que hizo que –por el aislamiento impulsado para evitar los contagios– no solo la tecnología digital se expandiera de manera ubicua en nuestras vidas, sino también que el contacto con el otro se convirtiera en una amenaza mayor. “Cuando el contacto del cuerpo del otro deviene un peligro, cuando se desparrama esa percepción, la comunicación transmigra de la esfera conjuntiva a la esfera conectiva” (58). No estamos juntos, pero estamos conectados. Nos comunicamos más, pero perdemos nuestra capacidad de respirar juntos, de generar comunidad.

Las tecnologías no solo disgregan las comunidades y se expanden todavía más cuando el contacto es una amenaza –generando así más disgregación– sino que, además, la aceleración del ritmo de la estimulación nerviosa que promueven impide el desarrollo de la razón crítica. La facultad

que llamamos “crítica” es la capacidad de distinguir entre lo que es verdadero y lo que es falso, y se desarrolla cuando hay tiempo para elaborar la información. “La aceleración del flujo informativo, de la publicidad en medios digitales y redes sociales, ha derivado en la saturación de la atención y terminó por hacer imposible la discriminación entre lo verdadero y lo falso” (69). En tiempos de pandemia, a esta información que fluye como spam la hemos llamado infodemia.

Hacia el final del libro, los movimientos sociales de 1968 aparecen como “el pico del progreso humano” (84), al lograrse el punto de mayor convergencia entre técnica y conciencia social. La pregunta que no se formula en el texto de manera directa pero que como lectores nos hacemos es si ante un capitalismo global que se adueñó de los usos de la técnica se puede todavía tomar el control, conocer el código del campo tecnológico y así redirigirlo hacia los trabajadores, hacia el bien común, tal como se pensaba en la coyuntura de 1968. Para abrir posibilidades, nuevos futuros a una cultura digital hegemónica –que en una hiperestimulación nos impele a expresarnos con desenfreno pero paraliza nuestra creación colectiva de sentido, nuestra capacidad de razonamiento crítico y nuestra capacidad de generar comunidades, de imaginar nuevos futuros más allá del inconsciente apocalíptico– hay un camino posible según Berardi: confiar en la cosmopoiesis del lenguaje, acercar las labores de ingenieros y poetas.

Bibliografía

Paz, Octavio. *El arco y la lira*. 3ª ed. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2015.

Berardi, Franco. *Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra, 2019.